



Lenguaradas patineteras de Nochebuena

María Josefina Mas Herrera

Lenguaradas patineteras de Nochebuena

María Josefina Mas Herrera

© Fundación Editorial El perro y la rana, 2017 (digital)

© María Josefina Mas Herrera

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 21, El Silencio,
Caracas - Venezuela 1010.

Teléfonos: (0212) 768.8300 / 768.8399

Correos electrónicos

atencionalescritorfepr@gmail.com

comunicacionesperroyrana@gmail.com

Páginas web

www.elperroylarana.gob.ve

www.mincultura.gob.ve

Redes sociales

Twitter: [@perroylaranalibro](https://twitter.com/ElPerroYLaRana)

Facebook: Fundación Editorial Escuela El perro y la rana

Diseño de colección

Carlos Zerpa

Foto de portada

Carlos Herrera

Hecho el Depósito de Ley

Depósito legal: DC2017002961

ISBN: 978-980-14-4077-2

Páginas Venezolanas

Esta colección celebra a través de sus series y formatos las páginas que concentran tinta viva como savia de nuestra tierra, es feria de luces que define el camino de un pueblo a través de la palabra narrativa en cuentos y novelas. La constituyen tres series:

Clásicos abarca obras que por su fuerza y significación se han convertido en referentes esenciales de la narrativa venezolana.

Contemporáneos reúne títulos de autoras y autores que desde las últimas décadas han girado la pluma para hacer fluir nuevas perspectivas y maneras de exponer la realidad.

Antologías es un espacio destinado al encuentro de voces que unidas abren portales al goce y la crítica.

*Dedicado a las almas inocentes,
muertas en Nochebuena.*

La vieja Josefina se asomó a la puerta de su casa y cuando se percató de que todos los niños estaban jugando y cantando en la calle, salió presurosa a repartir dulces, portando una soberbia bandeja llena de tortas color madera, escarpados turrones, bombones inflados con licor de menta y almendras puntiagudas como los gorros de los muchachos patineteros.

Al bajar el recipiente a la altura del cinturón del cuadriculado delantal azulado, un remolino de jóvenzuelos comedulces la rodeó, y en el tiempo de un trémulo respiro, el enjambre de manos y piernas, afinados gorros de pumarrosa, trotadores patines, juguetes raros y luciérnagas de bengala coloreadas, raptó la ofrenda rápidamente sin dar tregua a su vejestorio cuerpo.

—Vengan para acá muchachos —decía cantandito, en un tono que sonaba a villancico.

—Agarren los dulces sabrosos, cojan, ¡cojan bastante!, que estos se los mandó el Niño Jesús —decía, ofreciéndoles chucherías a todos los infantes de la cuadra, mientras se reía a carcajada batiente y daba vueltas como un trompo en medio de la muchachada.

Pero pronto el espacio feliz se enturbió, en el momento que un hombre calvo con espalda de gancho, asido por obligación a una larga nariz encorvada de precipicio que separaba sus ojos saltones de mirada perdida, traspasó como exhalación los umbrales de la esquina de la cuadra, dirigiéndose por el medio de la calle, como el que apresura el paso sin rumbo fijo, hasta detenerse frente a la casa desabitada de la cuadra que desde hacía años refugiaba a todo tipo de ratones y alimañas indeseables. Todo el pueblo de Turmero se refería a ella como “La casa de la muerte” y a Tomás Andrés siempre le causó curiosidad la razón del nombramiento.

En medio de la noche humeante de Navidad, el niño se percató del rostro aterrorizado que se dibujó en la faz cansada de la anciana, cuando entre dientes, la vieja Josefina, le susurró al inesperado visitante un desganado:

—¡Qué hubo! —y con lentitud, el hombre asintió con la cabeza respondiendo el saludo con ojos de ametraladora que disparaban balas de odio. Tomás Andrés con la curiosidad que lo caracterizaba, presenció lo indeseado del encuentro navideño, mientras que en el desenlace de la despedida entre el hombre y la mujer, obligados a mirarse por el rigor de la calle ciega, se desencadenó una estela de sobresalto con antipatía, que impregnó de sopetón, el dulce espacio juguetón de los niñitos. De esta forma, se esparció por la esquina de la cuadra, un aura trágica y confusa, parecida a la que se imaginaba Leopoldo cuando jugaba al choque de grandes trenes en el patio de su casa.

Josefina agudizó su mirada de centinela y de reojo, siguió la ruta del hombre, sin perderlo de vista, ni un minuto, hasta que el resultado natural del ir y venir de la vida lo devolvió, por la misma calle, hasta el principio y salió casi corriendo de la trasversal, moviendo la cabeza de un lado a otro, caminado rápido y con las manos atadas al espinazo, disolviéndose entre el humo blanco de la noche sagrada, cargada de regalos, acompañado por la estampida de los tumbaranchos y los cohetones revoltosos que ensordecían la noche, en el deleite del olor a pólvora,

picante y sabrosa, que exaltaba la respiración exorcizando el espíritu.

Para ese tiempo, Turmero, era un pueblo acalorado y resistido, sembrado alrededor de una plaza fiestera y colorida que no conocía el sueño, adornado con mozas jóvenes, de simpáticas formas, comensales taciturnos y calientes, comerciantes de baratijas coloridas, transportistas de gente dormilona y risueña, con niños juguetones y enamorados ocultos en todas las esquinas.

Tomás Andrés era un perfecto conocedor de todos los vecinos de Turmero porque visitaba la plaza continuamente. Le gustaba el olor a maíz recién tostado y las luces centellantes que se derramaban por el verde colador de las hojas, desplegadas a través de las copas abiertas de los árboles. La plaza del pueblo siempre estaba asaltada por una gran bullaranga musical, con buhoneros por doquier, acompañada por tertulias serenas sobre leyendas de muertos, fantasmas y por las pérdidas de los amigos de antaño.

—Es un psicópata —le dijo Josefina al niño, en voz muy baja, sin mirarlo a la cara y además, le advirtió:

—Ten mucho cuidado con ese hombre y no se te ocurra acercártete nunca.

Tomás Andrés pensó que no había escuchado bien, por el ruido guerrero de los cohetes y la algarabía frenética de los muchachos cometortas, por eso, incorporándose sobre la punta de los pies y mirando fijamente al rostro de la vieja para no perder, ni confundir, ningún sonido le preguntó en tono de corneta:

—¿Un qué? —y luego, el niño deletreó la palabra que había creído escuchar con más fuerza:

—¿Es-co-pe-ta? —en nerviosa interrogación.

La vieja de ojos desorbitados, con la cara amarrada, se volvió hacia el muchacho, le apretó la mano agachándolo con fuerza, al tiempo que le repitió, lentamente, en el oído en tono de plegaria, de forma que sólo él pudiese escucharla:

—Escopeta no, Tomás Andrés. Te dije que ese hombre es un psi-có-pa-ta; que es un loco, pues, y que por ningún motivo puedes acercártele; y hazme caso muchacho, mira, que yo sé lo que te digo —concluyó la mujer en tono de amenaza y advertencia.

Tomás Andrés sintió un espasmo glacial en su estómago, acompañado de un miedo inyectado como electricidad que recorrió todo su cuerpo al escuchar las palabras de la vieja Josefina. Presuroso, con la ansiedad

en el pecho, propia del que no sabe qué hacer, ni qué decir en momentos de angustia, se devoró, de un solo bocado, el último pedazo de torta que tenía en la mano, soltó de golpe la patineta en el asfalto húmedo del rocío madrugador y con un rebote relampagueante se abalanzó sobre la tabla, impulsándose, con toda la fuerza de su cuerpo en huida rápida y desesperada.

Porque el niño patinetero, que soñaba con piruetas airadas, deseaba perderse hasta el infinito montado en su juguete bicolor, para desde lo profundo de su fantasía infantil, poder escalar los techos sucios y rectos de las casas de Turmero, hasta que en un impulso final, la magia de la mente, le permitiese volar por los aires y librarse de todos los problemas. Pero con su imaginación sólo reconoció la fuerza del metal del inmenso portón cobrizo y enmohecido de la casa de los italianos del fondo de la cuadra, que lo arrojaba al suelo, estrepitosamente, mostrándole, con la fiereza del hierro, su mortal realidad al encontrarse atolondrado y de cuclillas al final del callejón.

Después, el patinetero se levantó de golpe y pasó largo rato yendo y viniendo en el bambolear danzante del humo de la cuadra, en un viaje huidizo que recorría venturoso y milimétrico el asfalto arañado por las rolineras de

su patineta, en tránsito ciego desde el inicio hasta el final de la calle, acompañado por Virginia, Leopoldo y Adalid, sus amigos y compañeros de juego.

Algunas veces Virginia lloraba y se lamentaba en voz bajita porque suponía que el Niño Jesús no había leído la carta que ella le escribió en el colegio y por eso, decía ella, solamente le trajo como obsequio de Nochebuena una plancha azul turquesa, con manilla de plástico y una máquina de coser amarillenta, metida en una caja de cartón fosforescente que lo único que le permitía era mirarla.

—Esto no sirve para nada —decía melancólicamente la niña.

—Yo quiero una bicicleta para acompañar a Tomás Andrés cuando salga a jugar con la patineta —mascullaba Virginia como paloma herida, entre lloriqueos consentidos.

Adalid, era la niña más pequeña del cuarteto, con su tez achocolatada y sus grandes ojos de oscuridad, muy pronto se cansó de jugar a mamá y papá con la muñeca nueva, por el enfurecimiento que le causó la incompetencia de Leopoldo y Tomás Andrés, al no saber jugar a ser papá.

Entre tanto, en el otro extremo del porche de la casa, Leopoldo, tenía problemas con sus juguetes nuevos, pues, las pilas de la pista del carro de carrera se desgastaron con rapidez y para colmo de males, el perro grande color mango de los portugueses llamado Ricardo José, le masticó, de un solo bocado, todos los puentes de plástico y la pista del tren, en el mismo momento que el niño había terminado de armarla.

De cualquier manera y a pesar de los problemas con los juegos, todos los muchachitos de la calle Camilo Torres estaban fascinados con la patineta nueva de Tomas Andrés, “esa patineta sí es un buen regalo del Niño Jesús” comentaban todos los acompañantes del muchacho mientras con manitas, a veces dubitativas y otras veces presas de frenesí, trataban de alcanzar el límite del roce del nuevo artefacto en movimiento.

El niño de la patineta, con su pelo de lava, enrojecido por el látigo del sol y sus grandes ojos asiáticos que crecían y se encogían a cada movimiento del juguete, comentaba orgulloso con Leopoldo, los atributos e inmejorables condiciones de su nuevo regalo de Navidad:

—Me gusta el color rojo y negro que tiene la tabla, además, es térmica y playera y como no tiene mucho peso

es especial para el calor, manteniendo por más tiempo el equilibrio y el peso del cuerpo.

Mientras Tomás Andrés estudiaba el artefacto con acento de sabio entre sus compañeros de juego, su curiosidad exploraba lo sucedido con el hombre blanco de nariz de bruja. De vez en vez, cuando la intensidad del juego y el humo de los cohetes los agobiaba demasiado, se detenían a tomar algún fresco en cualquiera de las casas abiertas de la cuadra de Turmero en la noche de Navidad.

Josefina, era la vecina que vivía frente a la casa de Tomás Andrés y estaba siempre sentada en el porche de su casa. Llevaba un copete enlacado, igual a la cachucha de béisbol del niño y se colocaba una toalla mullida y descolorida por las lavadas de los años sobre los hombros para cobijarse del sereno. Parecía un maniquí envejecido y desleído por el sol de los años, en la espesura de una sucia y petrificada vitrina de tiempos lejanos, exhibiendo su melancolía y la nostalgia de los recuerdos perdidos. La mujer siempre estaba esperando que la tomaran en cuenta y le regalaran un saludo, alguna palabra, aunque sea una tímida mirada. Porque Josefina siempre se encontraba pendiente de las cosas de los demás vecinos, de sus

acciones y palabras, por ese motivo, permanecía largas e infinitas horas desde el alba hasta bien entrada la noche, sentada en el cobertizo de su casa, buscando dialogar con el primero que pasara y le ofreciera fiesta. Pero la verdad era, que en más de cuarenta años de vivir en la casa verde de la esquina, Josefina, nunca logró despertar por los alrededores, ningún afecto verdadero, por ser una lengüetera y una chismosa compulsiva.

—Es tan cuentera la vieja que no la quieren ni su esposo, ni su hija —insistía con melancolía de vecina, la madre de Tomás Andrés, una mujer gorda e italiana, con manos deshechas por el trabajo duro en el campo y que hacía más de veinte años se encontraba en el país.

Pero esa noche de Navidad, como siempre, Josefina se encontraba físgoneando sola en el patio de su casa. Todavía mantenía en la mano el recipiente con el que repartió los dulces a los muchachos de la cuadra, mientras su esposo Renato, enfermo y desconsolado de tanto dolor y tantos años, trataba, sin lograrlo, descansar en medio del sopor de la noche y el estrepitoso roncar de los cohetes. Los dos viejos en la casa grande y desgarbada por el inclemente transitar del tiempo, esperaban taciturnamente la visita de la muerte, mientras la única hija de los dos, se

marchó bien lejos y para siempre en un intento desesperado de ser feliz con un amante español que, ¡al fin!, la invitó a conocer Europa y alejarse de su madre.

—Cambié a mi mamá por el azul del Mediterráneo —le comentaba Maigualida por teléfono a la madre de Tomás Andrés, cuando llamaba para informarse sobre la salud de sus padres.

—Es que Maigualida no quiere llamar a su casa por miedo a que su madre la meta en un chisme con alguien —comentaba abismada la italiana.

—Así será, la lengua viperina de la vieja, así será —decía la gorda, echándose las manos en la frente.

Josefina se esforzaba por hablarle y conocer a todas las personas que transitaban por las calles de Turmero, sin importar su estatus o condición. Para ella, todos los transeúntes podían ser una noticia y una información: jóvenes, viejos, feos, enfermos, pobres, sabios, locos y atolondrados, todos sin excepción, quería investigarlos exhaustivamente y encajada en los cojines pestosos de su poltrona de mimbre multicolor, abanicándose el rostro con cualquier revista o pedazo de periódico viejo, la arcaica mujer, demostraba su talante de provincia, con la faz desleída por tanta tristeza y frustración, mientras se

empeñaba esforzadamente en mostrar al pueblo la imagen de un hogar feliz y en armonía plena.

Pero Tomás Andrés reconocía, a su corta edad, una realidad patética en la casa de su vecina, pues, Josefina lloraba y se reía al mismo tiempo en las conversaciones que todas las mañanas sostenía la madre del muchacho. La vieja mujer nunca logró estar conforme con el mundo que construyó a su alrededor y por eso se refugió en la vida ajena, pensaba la madre del patinetero al verla llorar.

El niño también presentía que Josefina no era feliz y bajo su sonrisa artística que le estampaba a todo el mundo a través de sus saludos relajados y las muecas de camaradería que ofrecía por doquier, sus ojos reflejaban un dejo de tristeza, aderezada con rabia reprimida, como una especie de aliento desolado, que destellaba la frustración de lo perdido, adornado con deseos, disecados como sombras que arañan la mente y obnubilan la fe en la vida. Esa ocultación inquietaba, soberanamente, al muchacho y lo mantenía siempre en alerta y a la expectativa de los movimientos de la vieja. Por eso la gente de la cuadra repetía, incesantemente, que Tomás Andrés quería mucho a Josefina y que él, era el hijo menor que la mujer nunca tuvo, pues, el muchacho la seguía a todos lados y se mantenía tras ella

como perro fiel, dando vueltas alrededor de la casa verde hasta el anochecer.

Sin embargo, existía otro motivo, además de su curiosidad por los chismes de la vieja vecina. Se trataba de unos bocadillos hechos de queso vespertino que la vieja le preparaba al niño por su fiel compañía, condimentados con el olor dulce de su arrugada piel. A través de los decrepitos movimientos de la anciana se filtraba un aroma suave, mezcla de rojas manzanas y finos azares que siempre invitaban al infante a pensar en un frío y aterciopelado helado de paleta.

Aquella Nochebuena, la rancia Josefina, lucía un primoroso vestido níveo de enarbolados encajes franceses y llevaba puestas sus zapatillas de salir, engalanando su pecho con un rosario de perlas que la familia del frente le había regalado para el día de San José. Sus ojos tristes, de perra brava, custodiados por unos párpados flácidos y arrugados, hacían contraste con las manos arrugadas y el cuerpo desgarbado.

Pero, a eso de las dos de la madrugada, cuando el olor a pólvora comenzó a desvanecerse y Josefina se adormitaba entre sueños de grandeza y miserables pesares, la curiosidad del patinetero se tornó irresistible, hasta el

punto, que tomó impulso y brincó la pequeña cerca del jardín de la casa de su vecina para desenterrar la verdad y ahogar su interés en torno al hombre encorvado, que horas antes había visitado la cuadra, inspirando en Josefina el disparo de reojo, con municiones de menosprecio, que tanta desazón y miedo le despertaron al niño.

Tomás Andrés le entregó la patineta a Leopoldo, el cual, nunca había logrado tenerse en pie sobre ella y acercándose, cautelosamente, a la anciana que se mantenía recostada en su catre roído, le preguntó resueltamente:

—¿Qué significa la palabra psicópata?, señora Josefina.

La longeva abuela desperezó su rostro, moviendo la cabeza de un lado a otro, como un centinela en guerra evitando que cualquier intruso la escuchase y replicó en tono de reclamo:

—Bueno chico que el hombre que viste es un loco. Eso es lo que significa, que ese hombre está loco. Ya te dije que no te le acerques, porque estás corriendo peligro, muchachito.

El niño seguía sin entender qué significaba las palabras de la mujer y con la inocencia del ignorante continuó el interrogatorio:

—¿Por qué usted dice que ese hombre es loco, señora Josefina?, ¿qué le hizo?; ¿se portó mal con usted?

Josefina era una vieja chismosa que no se le pasaba ningún detalle sobre los acontecimientos de la transversal y del pueblo de Turmero, en general. Siempre estaba pendiente y vigilante de todos los sucesos, ansiosa por saber los acaecimientos nuevos del pueblito y desde tempranas horas hasta muy entrada la noche, su atención sin descanso se paseaba por la vida de la gente en una especie de obsesión por la información. Conocía muy bien todos los hechos sucedidos, relevantes o no, y para colmo de males, a lo largo de los años, la mujer, había armado una red inmensa de viejas chismosas, venidas de todas partes de Turmero que la mantenían al tanto de todos los movimientos, palabras o actos de la gente.

Pero Tomás Andrés, también conocía bien el poder de la información, porque fue en una conversación que escuchó escondido bajo la mesa de mármol azulado en la casa de Virginita, donde se llevó a cabo un largo debate sobre los peligros de los chismes y cuentos de la vieja Josefina, lo que, sin duda, despertó la curiosidad del patinetero. Esa historia, fue sin duda, lo que obligó al patinetero a convertirse, con los años, en visitante obsesivo de su

vecina, dedicando todas sus tardes a husmear con cuidado y dedicación los inventos, chismes, palabras y vituperios que acompañaban el paso crepuscular de las conversaciones de Josefina.

Al mediodía, cuando el calor estaba en su cumbre y el sudor de la frente del niño se desbocaba como ríos salados hasta derramársele sobre el cuaderno de clases, Tomás Andrés, se escurría sin dejarse ver a través del pórtico de su casa, entre las matas de guayaba y las cayenas tornasoladas y se escondía bajo el cobijo de los gigantes chaguaramos para iniciar el encuentro vespertino con las conversaciones de su vecina.

—Es que este niño siempre está enterado de todas las cosas que pasan por ahí, pero no sé de dónde las saca, o quién se las dice. Lo cierto es que todo lo que pasa en el pueblo este muchachito lo conoce a las mil maravillas —comentaba la madre del patinetero a Josefina, en tono de incertidumbre, mientras acariciaba con sus dedos los cabellos sedosos y resbaladizos del niño.

Josefina comenzaba la conferencia, exactamente después de terminar la última novela de la tarde y mientras la gente iba pasando y saludando, con las correrías del sol, la vieja los iba confesando tras la reja de la esquina.

Acostado en el suelo y pegado detrás de la reja negra, tupida por las enredaderas con flores de campanitas gira-soleadas, fue como Tomás Andrés se enteró que Adalid era una niña adoptada y en sus cavilaciones postrimeras, interpretó lo poco que la muchachita asemejabase a sus padres, que eran blancos y uruguayos. La primera vez que Tomás Andrés se encontró con la niña, la confundió con un dibujo de carbón por el brillo de su piel de ébano.

Todos los lunes, de todas las semanas, Josefina salía rumbo a la plaza, para realizar trabajo de caridad en la parroquia. Eso era lo que le decía a su esposo Renato y a sus amigas de la cuadra, pero el curioso de Tomás Andrés, abría la portezuela del jardín, lanzaba la patineta y sin que ella se percatase de su presencia la seguía de cerca, escrutando todos sus movimientos y palabras hasta la vuelta a su casa, bien entrada la noche.

Fue en el centro de la plaza, sentado sobre su patineta, en el entramado vigilante de las acciones de su vecina que el patinetero escuchó, por primera vez, la leyenda antiquísima de la plaza de Turmero:

—Es que todos los oriundos de este pueblo de Dios se han desorientado en los calores de esta plaza —repetía con sórdidos chasquidos Rigoberto.

—¿De verdad, usted cree que pasen esas cosas en esta plaza? —le consultaba don Rafael al viejo cronista moviendo la cabeza y frotándose las manos de tiempo en tiempo.

Mientras Tomás Andrés flotaba entre la leyenda y los juegos de las ardillas acróbatas de la plaza, el niño espiaba, cuidadosamente, las acciones de la vieja y por eso conocía bien de las andanzas de la arrugada mujer y de todas las personas con las que esta conversaba frecuentemente. En todas las persecuciones del patinetero a la vieja Josefina, nunca la avizoró entrando al despacho de la parroquia, pues, con pasos lentos y despojados de alegría, se dedicaba a caminar por la plaza mirando hacia todos lados, hasta que tomaba asiento en los bancos secos, encementados, polvorientos de viejo hollín y se ponía a conversar con la gente durante largas horas. Él, la observaba permanentemente y con el tiempo, aprendió a leerle los labios a lo lejos. Tomás Andrés se convirtió en un estudioso de la conducta de la anciana, de sus conversaciones, sus movimientos y sus acciones.

Por eso Tomás Andrés necesitaba saber qué estaba pasando con el visitante de la cuadra en la Nochebuena,

pues, no recordaba bien las conversaciones que Josefina mantuvo en algún tiempo con ese hombre.

—¿Quién es ese señor que entró esta noche en la cuadra, porque yo no me acuerdo muy bien de él? —preguntó el muchacho a medida que arrastraba una silla del porche cerca del camastro de su vecina.

—¿Dónde vive el señor que usted miró tan feo?, ¿por qué dice que es un enfermo, psicópata y loco, señora Josefina? —reiteró el muchacho.

La mujer haló la sillita de mimbre donde se acomodó el niño y con la urgencia del que requiere un acercamiento de igual a igual, comenzó el relato:

—Hace muchos años, precisamente en noche de Navidad, fíjate tú chico —y con la misma abrió los ojos moviendo la cabeza hacia atrás, como removiendo un recuerdo tapiado bien hondo y riéndose, irónicamente, entre dientes, igual al perro de las comiquitas que todas las tardes miraban los niños de la cuadra, dándole al patinetero un golpezuelo en la rodilla con el puño cerrado, repleto de la camaradería de unos amigos contemporáneos recordó:

—Fíjate tú, Tomás Andrés, lo que te voy a contar pasó, nada más y nada menos, que en noche de Navidad,

por esta misma época, qué casualidad tan grande, ¿verdad chico?

Luego, con acento del que descubre los motivos e intenciones ajenas continuó diciendo:

—¡Ah!, por eso fue que el hombre regresó por aquí esta noche. El muy sinvergüenza. Porque las cosas sucedieron en Nochebuena, en una noche de Navidad, por eso fue que volvió —y frunció tanto el ceño y los labios que los muchachos se imaginaron a partir de la faz de la anciana, una mosca fea del jardín.

—Esa persona, si es que se le puede considerar persona, se llama Aly, el apellido era... ¡ay! chico, ahora no se me viene a la cabeza el apellido del hombrecito. El tal Aly ese, es un hombre muy enfermo, además, era el yerno de Paco. Bueno, en verdad Paco se llamaba Francisco Lira. Ese era el nombre del dueño de la casa blanca, grandota, aquella de tres pisos que tú ves allá atrás que desde hace tiempo está desocupada —dijo la anciana, señalando con el brazo hacia el fondo de la cuadra.

La casa a la que se refería la vieja Josefina siempre representó un enigma para los niños. Cierto día en que Tomás Andrés jugaba al béisbol con los demás muchachos de la cuadra, un golpe de pelota la dejó atrapada en

el jardín de la inhabitada vivienda y considerando lo bajito de la reja, Tomás Andrés, intrépidamente dio un salto y entró a buscar su pertenencia perdida. En el momento que se agachó a recoger la pelota del suelo escuchó unos gritos desgarradores, cargados de angustia al fondo de la casa, por lo que, asustado corrió hasta el final del garaje y de un solo brinco salió por la reja escarpada y quedó parado en medio de la calle, aferrado fuertemente a la pelota de goma. El escándalo venía de su casa y pudo ver, cuando su mamá, acercándose como un bólido hasta los muchachos, con ademanes de enojo, halando al niño por la pechera de la camisa le dijo:

—Nunca más vuelvas a entrar en esta casa, queda terminantemente prohibido, de lo contrario estarás castigado.

Tomás Andrés trató de explicarle, sin éxito, a su madre histérica lo del juego y el desviado recorrido de la pelota de béisbol, pero ante los ojos atónitos de sus compañeros de juego, ella, furibunda continuó el regaño ferozmente:

—No me des más explicaciones estúpidas —dijo mirándolo con ojos de fuego— y fin de la conversación,

—terminó exponiendo radicalmente, luego dirigiéndose a los demás niños les decretó enérgicamente:

—Al que encuentre brincando esta cerca y asomándose en la casa, puede estar completamente seguro que va a tener un gran problema porque se lo voy a decir a su representante —y con la misma se dio media vuelta y regresó a la casa. Ninguno de los presentes pudo nunca entender la violencia de lo sucedido.

Entre las luces de colores que iluminaban el cielo la anciana prosiguió el relato con afable gesto de dulzura:

—Si no hubiese sido por Paco, ¿quién sabe dónde estaría yo? Fue él, quien convenció, hace casi cuarenta años a Renato, mi marido, sobre lo conveniente de comprar esta casa. ¿Tú sabes Tomás Andrés cuánto costó la casa?, veinte mil bolívares, en aquel tiempo... Mira hijo, yo me casé con Renato cuando solo tenía catorce años y en aquel momento las cosas no eran como ahora, que las muchachas jovencitas ya lo saben todo, yo era inocente, una muchachita jovencita pues... bla, bla, bla.

A partir de ese momento Tomás Andrés dejó de escucharla, ya que no le interesaba lo que iban a relatar las palabras de la anciana, los problemas de su matrimonio, las amantes de su esposo, las insolencias de las mujeres

que acompañaron a su marido en malgastar el sueldo, la pobreza en que vivió, el sufrimiento familiar, la hija que había tenido con otra mujer, las amantes que exhibió por todo el pueblo, el dinero que dilapidó y el número ilimitado de tragedias que constituyan la patética historia de la vieja Josefina.

Esos, no eran buenos cuentos para entretener al niño en la Nochebuena de Navidad y, además, el muchacho en sus recorridos informativos había escuchado mil veces las anécdotas de la vida de la vecina, por lo que la interrumpió comentándole:

—¿Qué tiene que ver la enfermedad de Aly con el Sr. Paco y con Rene?

—Ah bueno sí —replicó la vieja, moviendo hacia los lados la cabeza, retomando el hilo conductor de la narración.

—Como te contaba, mi marido Renato y el Sr. Paco trabajaban juntos en el matadero de Turmero. Paco, era un isleño, creo que nació en las Palmas de Gran Canaria, una de esas islas que hay poraí. Ese, era un hombre bueníisimo, muy trabajador, colaborador, amable y bastante cariñoso. Por esta cuadra todo el mundo lo quería mucho. En las tardes cuando llegaba del matadero traía siempre una bolsa llena de dulces y

se los repartía a todos los chiquitos que salían corriendo en el instante que escuchaban el ruido del motor de la camioneta. Estaba casado con la señora Antonia, pero todo el mundo le decía "Toña". Esa era una mujer muy bella y trabajadora, isleña también, y a pesar que tenía tres mujeres de servicio se lo pasaba haciendo oficio. Imagínate Tomás Andrés, que cuando se ponía a barrer el frente de su casa recogía la basura hasta la mismísima esquina de la cuadra. Muchas veces la gente de por aquí, se burlaba de ella por esas cosas. Tú sabes cómo son, mijo, algunas personas por estos pueblos de mal hablados. Por eso, cuando llovía con fuerza, la señora Toña se ponía las botas de goma de su marido y con sus sirvientas salían a barrer y sacar el agua que se acumulaba en la cuadra. Yo, mijo, las acompañaba parada desde mi patio y les ofrecía un poquito de agua para que se les quitara la sed, porque a mi edad ya no las podía ayudar a barrer la calle y además, esos trabajos de servicio a mí no me gustan mucho —y con la misma inició su risa malintencionada soportando la plancha con el dedo índice para que no se le cayera de la boca.

Desde la otra cuadra sonaban las campanadas de la iglesia y se escuchaba un: *Niño lindo ante ti me rindo*; pues

esta, era la música que el padre Pan, el cura del pueblo, había contratado para darle alegría a la parroquia durante las fiestas de Navidad.

De pronto Josefina se incorporó de la silla diciendo:

—Ya vengo, voy un momentito al baño —y devolviendo sólo la mitad de la cara preguntó—; ¿ustedes no quieren tomar nada, no les apetece un refresquito?, miren que es noche de Navidad.

En ese momento Tomás Andrés se percató que Virginita y Leopoldo estaban sentados a su alrededor y la niña Adalid yacía dormida sobre la patineta, con su vestido nuevo, sus botas de goma y la muñeca en la mano descolgando la mitad del cuerpo en la tabla. Relajada así, sobre el juguete de Tomás Andrés, la bebita asemejábase también a una muñeca de trapo. Y es que Adalid era la niña más pequeña y consentida del grupo de la calle Camilo Torres, por eso todos los vecinos estaban siempre pendientes de ella, pero aquella noche, todos los niños se olvidaron por completo de ella, pues, se encontraban absortos en el laberíntico cuento de la vieja vecina.

La mujer regresó repartiendo fresco, pero Tomás Andrés, no encontraba la relación entre el significado de la

palabra psicópata, la existencia de Aly y su relación con doña Toña y don Paco. Una vez entregada la endulzada bebida, la vieja Josefina retiró la bandeja, colocándola bajo el catre y prosiguió la narración diciendo:

—Paco y Toña eran una familia muy feliz. Tuvieron dos hijos, un varón y una hembra. José Antonio y Altagracia. Hasta que una gran desgracia tocó la puerta de su casa y en un accidente de tránsito se les mató el hijo varón. Desde ese momento la familia dejó de ser lo que era, porque la muerte, mis queridos amiguitos, particularmente, la muerte de los hijos no es cosa fácil de asimilar y no le sienta igual a todo el mundo. La señora Antonia nunca pudo recuperarse de la pérdida y por las noches se le oía gritar y sollozar, implorándole a Dios que le devolviera a su hijo mayor. Para controlarle las crisis, los médicos, le aplicaban muchas drogas y tranquilizantes. Por eso, en las mañanas cuando desfilaba Paco, cabizbajo, con sendas ojeras y la mirada llorosa, yo, no me atrevía ni siquiera a saludarlo. Parecía un zombi. La señora Antonia dormía todo el día y lloraba toda la noche.

La vieja cansada de mantener la misma posición del cuerpo se retorció sobre sus despojos como culebra sobre

el mullido catre y librando la cabeza hacia atrás prosiguió el cuento:

—Con la pérdida del hijo varón, la familia se concentró en la crianza de la hembra, la niña Altagracia, la otra hija del matrimonio. Esa, era una muchachita gorda, chillona y sumamente consentida. Al crecer, se convirtió en una mujer grosera y respondona, que hacía lo que se le venía en gana, sin respetar a nadie. Cuando se hizo una señorita se adelgazó mucho, se tiñó el cabello de rojo e iba siempre muy arreglada, con muchíisimo maquillaje en el rostro. En la escuela de las monjas tuvo varios problemas por escaparse con muchachos por los montes. Además, se pintorreteaba las uñas, y en vez del uniforme se presentaba en tacones altos en las clases, con faldas cortitas y unos descotes muy pronunciados que bien podía servir para ir a trabajar a un bar. En verdad, Altagracia, no parecía una muchacha de colegio de monjas, sino una mujer de esas malucas. Después que se graduó en el bachillerato se terminó de volver loquita.

La noche arrullaba el relato de tanto sonar y brillar, a la voz ronca de los cohetes y las luces de colores destellaban, de cuando en cuando, en el cielo abierto.

—Un día vino la policía buscando la casa de Altagracia y cuando escuché el nombre de Francisco salí inmediatamente y les indiqué donde vivía. Como siempre, doña Toña dormía drogada por los tranquilizantes y el problema había sido, según yo me enteré en la tarde, que encontraron a la Altagracia, en un carro nuevo, muy cerca de la laguna de Taiguaguay, con unos muchachos de los edificios de San Pablo Arjona, ustedes saben, haciendo cosas muy, muy malas.

—¿Qué cosas malas? —interrumpió de inmediato Leopoldo con voz de corneta de triciclo nuevo, lo cual, le pareció una imprudencia a Tomás Andrés.

De *ipso facto* la mujer replicó de golpe con acento de sermón:

—Eso sí te interesa, verdad Leopoldo, ¡ah, sí!; a las cosas malas sí les pones atención, pero a la tarea no; muchacho entrépito. Bueno, las cosas malas que hacen los hombres con las mujeres, ¡imáginate! —replicó Josefina levantado la cabeza hacia el cielo recordando el pasado pero, finalmente, los niños nunca entendieron sobre las maldades cometidas por Altagracia.

—El señor Paco estaba profundamente furioso con su hija porque se comportaba terriblemente mal, dándole

muy mala vida a toda la familia. ¡Ay!, pobre hombre. Paco estaba desesperado ya que no sabía qué hacer con Altagracia. Unos meses después se presentaron, aquí mismo, en la casa don Paco con Altagracia y el señor ese, el tal Aly, aquí mismo, en el patio se me pararon los tres, para traernos la invitación de la boda, ya que se casaba la Altagracia con el desgraciado ese. Pero una cosa sí les tengo que contar, la boda tuvo una fiesta bien bonita y ese pobre hombre, don Paco, debió gastarse toda una fortuna en ese matrimonio porque la fiesta fue por todo lo alto y no reparó en esfuerzos ni en gastos.

La narración de los pormenores de la boda de Altagracia no eran un tema de interés para el niño patinetero y distrayendo su mente hacia los recuerdos de la leyenda de la plaza recordó las conversaciones del cronista sobre la temible historia que recorría, como niebla, el apasionado centro del pueblo.

Fue en los tiempos de la Guerra de Independencia, cuando don Simón Bolívar dio rumbo infalible hacia Guayabita para recorrer sus plantaciones, que dio paso por el poblado de Turmero. Todavía se recuerda ese maravilloso día, en el momento que todos los moradores se arrojaron en tropel por las callejuelas polvorrientas y tiznadas del

batir de los caballos del general Bolívar, para saludar, con el sacudir de los sombreritos de paja y las sogas retorcidas de los amarres de las bestias, al héroe de Caracas. Fue una gran fiesta que expresó el amor del pueblo. Todos se abalanzaron por los alrededores de la plaza para, con gran algarabía, festejar el tránsito gallardo del guerrero liberador de pueblos, en un ambiente de arremolinada alegría, con sendas mantas coloridas desplegadas, libres al viento, en los balcones floridos que ilusionados aleteaban por entre el frenesí de las mozas y la mirada respetuosa de los varones del pueblo. Al ritmo acompasado de la marcha cantarina del herraje de los caballos impetuosos del General y de su tropa todos los moradores del pueblo le dieron la bienvenida a Bolívar y a su comitiva.

Pero cuentan, que pronto terminó la alegría, cuando días después las tropas del general Boves, el español, hizo tránsito por Turmero, pues dicen, que el mismo día de la visita del general Bolívar, Boves, recibió noticias sobre el descomunal recibimiento del cual fue objeto el manzano, e inmediatamente giró instrucciones para que este se repitiera con más fuerza y mayor algarabía al ritmo de su paso persecutorio.

Los curas de la iglesia de La Candelaria, fieles al ideal patriótico, instruyeron a toda la gente del pueblo para que permanecieran en silencio y encerrados en sus casas hasta que pasaran las tropas del criminal. Cuando Boves atravesó la plaza de Turmero, un recibimiento mortuorio con aroma a desprecio le dio la bienvenida. Pronto, el General, ordenó a la iglesia un repiqueteo de campanas para festejar su recorrido, pero todos los curas se negaron, rotundamente. El soldado español, mandó a sacar a los curas de la iglesia por la fuerza y uno a uno, los fue ahorcando al ritmo de los tambores, por desobedientes y traidores a la Corona española. Algunos soldados sentados alrededor de los cadáveres colgantes se reían a carcajadas, mientras otros, escondidos del General se santiguaban. Ante aquella escena sacrílega, la plaza se asustó y al ritmo bamboleante de los cuerpos descolgados por entre las ramas de la plaza, con las sotanas escurridas y las lenguas encarnadas, rebotando expuestas en mítico responso, las almas santas de los curas se dedicaron, en medio de círculos de viento arremolinados, a maldecir la obra criminal del español.

En ese momento llegó la muerte que se mantenía dormida dentro de la iglesia, detrás del altar mayor, a la

vera de la patrona del pueblo, la Virgen de La Candelaria. Esa imagen estaba recién traída de Canarias, en un galeón de madera pulida, que recorrió impetuoso las costas saladas del mar Caribe. La muerte, al detenerse en medio de la plaza, rodeada de los cuerpos cálidos de tantos sacerdotes ahorcados, se consternó por ver las ánimas santas llorando y en medio del sinsentido del crimen cometido, la muerte se desorrientó impidiéndole conducir los espíritus de los curas hasta el puente mágico del más allá.

Por eso se cuenta, que hasta el presente, la plaza de Turmero está asustada ante el sacrilegio cometido, y la muerte, que es la patrona de esos lares, cada vez que cruza la plaza recuerda la escena de las lenguas sangrantes de los curas en responso sacrílego y se renueva su desasosiego y desorientación, haciendo que los transeúntes inocentes y arrebatados por el sopor caliente del aire, presos de su aureada y enigmática belleza, se pierdan y se aturden a cada paso, a través de las horas peregrinas de la plaza de Turmero.

De pronto una ráfaga de luces multicolores cortó, desde la plaza la espesura negra de la noche de Navidad y Tomás Andrés regresó, desde sus recuerdos trasnochados, al relato que conservaba Josefina en el porche de su casa:

—Que yo recuerde —contaba la anciana en tono de melancolía— el matrimonio entre esos dos iba muy bien. La parejita del Aly y la Altagracia decidió vivir con Paco y con doña Toña para cuidar las constantes depresiones que sufría la señora Toña y, seguramente, también ayudó el hecho, que el recién casado no tenía trabajo. De qué iban a vivir esos dos, sino de los reales del pobre Paco.

«A los meses del casorio, a eso de las cuatro de la tarde, me percaté que Altagracia andaba montada de parrillera en una motocicleta vieja, abrazada de la cintura del joven mecánico, dueño del taller del fondo. Vestida, únicamente, con el traje de baño, se paseó por toda la cuadra, porque según se rumoró días después, venían de la playa de hacerle un despojo con sales y cañabrava, pues, según dijeron “y que, tenía un daño”, una brujería y solamente un hombre que trabajara con metales podía exorcizarla a la orilla del mar. Todo el callejón Camilo Torres comentó durante mucho tiempo el escandalazo que se armó por los golpes que Aly le encajó por el lomo y por la piernas a la muchachita de la casa. Aly de La Cruz; vaya cabeza la mía, por fin me acuerdo del apellido del loco ese: de La Cruz, era su apellido.

«Ese loco era un hombre acomplejado, hijo de un árabe con una prostituta. Es posible que la vergüenza del trabajo de su madre no la haya podido superar jamás, y por esa razón, el hombre se resintió tanto con el mundo y terminó por desquiciarse. Aly era un hombre joven, pero se veía como si fuese un viejo, estaba calvo, era muy pálido, blanco como una taza de leche, siempre caminaba encorvado, como escondiéndose de todo el mundo, ocultándose, jugando a que no lo vieran en la calle, pero se notaba que hacía esfuerzos por pasar desapercibido y lo que realmente lograba era llamar la atención de todos. Disfrutaba de una narizota grande y puntiaguda, cercada por unos ojos claros y agrandados que parecían perdidos en el caos y nunca, pero nunca, fijaba la mirada. Nunca me gustó de él su permanente aire escurridizo.

La vieja, con los rasgos de la cara endurecidos por el tiempo y la rabia siguió narrando:

—Ese bicho nunca fue de mi agrado. Jamás me da buena espina quien no me mira a los ojos. Era un ser huídizo y escurridizo como la soledad del llano. Decían también que el Aly era un hombre terrible. Cuentan que su padre el árabe era muy rico y lo envió a estudiar en la universidad, pero el loco, por resentimiento y vergüenza

materna se volvió comunista, internándose en el monte como un guerrillero cualquiera. Algunos cuentan, por ahí, que el Aly de La Cruz tuvo una hija con una negra sirvienta, por esos gameilotales pero que, los árabes, en un acto de caridad y de solidaridad con su propia sangre, le quitaron la niña a la negra y la tenían viviendo con una cuidadora en un ranchería a la orilla de un río, por aquí mismito. Por eso fue que se conocieron esos dos, la Altagracia y el calvo, pues, ella se lo pasaba brincando en la orilla del río, como una chiva, en vez de entrar a sus clases, como correspondía —terminó replicando la vieja con marcado acento de declamación.

De pronto, una voz parecida a la de una animal herido resonó a lo lejos. Se trataba de los alaridos frenéticos de la mamá de Leopoldo llamando al hijo, pero como nadie respondió, la mujer, viró la cabeza para todos lados y regresó al interior de su casa.

El aire estaba tibio, con sabor a tierra y pólvora, mientras un rocío seco acarició los cachetes de los niños y un olor a flores de muerto invadió la noche de Navidad. La decrepita Josefina se acurrucó más hondamente en medio de la vieja toalla alegando:

—Claro, los guerrilleros están acostumbrados a matar gente, ese es su trabajo. Son una gentuza maluca, por eso no me extraña nada el comportamiento del hombrecito ese, del tal Aly de La Cruz.

Aquellas palabras no eran parte de la narración de los hechos, sino más bien, se trataba de conjeturas propias hondamente hiladas desde lo profundo de las creencias de la vieja, sobre los acontecimientos que los muchachos estaban a punto de escuchar.

—Esa parejita paseaba todas las tardes, tomados de la mano, por aquí enfrente. El Aly de La Cruz, siempre llevaba fuertemente apretada a la joven Altgracia, como si se le fuese a escapar la mujer. Al parecer, el calvo, era un hombre sumamente celoso y debía tener razones para serlo, considerando que Altgracia era una muchacha muy brincona y loquita. Ese Aly de La Cruz fue durante años perseguido por la policía, pues, decían por allí, que una noche llegaron a buscarlo y se lo llevaron detenido por crímenes diferentes. Toda la cuadra especuló sobre los delitos que, presuntamente, cometió el loco, pero después nos enteramos que no le hicieron nada porque el padre pagó una fuerte suma de dinero y a los días, lo vimos otra vez, paseando por la calle, abrazado de Altgracia.

Ese Aly era un hombre hostil en todos los sentidos. De corta conversación, no hablaba mucho y por las noches se montaba en la platabanda de la casa durmiendo de cuclillas y con el revólver metido entre las piernas como centinela, porque según decía, estaba cuidando la casa de cualquier ladrón. Según el loco ese, todo el mundo lo miraba raro, y en los últimos días antes de la desgracia, salía corriendo desde el tejado hasta el pórtico de la casa a trancar la puerta con cadenas y candado para evitar que alguna persona pudiera entrar o salir. El señor Paco, un día me comentó entristecido, que no sabían lo que le pasaba, pues el yerno, comía muy poco y para dormir se tomaba a escondidas los tranquilizantes de Antonia, además, sufría de ataques y rabias infernales, molestándose por cualquier cosita. Fue en una de esas rabias que mató al Sultán, el perro de la casa, lanzándolo desde el tejado porque le mordisqueó una camisa vieja. Paco quería llevarlo al médico porque su comportamiento no era normal.

Mientras la vieja se ajustaba la plancha con movimientos suaves de la lengua que se translucían a través de sus mejillas cadentes y arrugadas, la noche transcurría lerda y despejada en medio de un silencio de grillos que

se escapaba de los jardines de las casas aledañas. La mujer desperezándose en su catre polvoriento prosiguió:

—También don Paco me comentó un día, que llevó al tal Aly para el matadero, a ver si se entusiasmaba con el trabajo y le ponía fin a su flojera y desgano, pero al final de la mañana, lo consiguió metido con los carniceros cortadores en los frigoríficos, lleno de sangre, de la cabeza a los pies, sudando y excitado como una animal, despedazando las reces. Parecía un loco, un desquiciado. Uno de los empleados se le acercó a don Paco, comentándole al oído, que algo raro notaba en el hombre recién llegado, además, de una locura por los cuchillos una excitación extraña por la roja sangre. El carnicero, conocedor de las emociones que provoca la sangre, le sugirió a don Paco que no llevara más a su yerno cerca del matadero y mucho menos, lo dejara acercarse a la sangre porque corría el riesgo de tropezarse con algún problema.

Josefina continuó:

—Altagracia gastaba el dinero en lo que quería y en lo que no quería también. Casi siempre se vestía con blusas transparentes, falditas cortas que apenas si le tapaba un poquitico las piernas. Ustedes saben cómo son

las muchachas hoy en día, que andan medio desnudas por la calle.

Esas palabras las decía con cierto sentimiento de añoranza, de dolor y de pérdida, mientras saludaba a los noctámbulos que regresaban por la calle con alguna botella bajo el brazo y el aliento impregnado de alcohol, con su acostumbrado cantadito: —Adiós, pues.

—¡Ah! otra cosa —disertó de pronto la anciana— a la Altagracia le gustaban mucho las prendas y siempre iba cargada de oro. Fue por allí que comenzó la desgracia, por los reales. Parece ser, de acuerdo a lo que me contaron, que Altagracia compraba mucho oro a una muchachita de por allá arriba —señalando con la mano en dirección a la plaza.

«Entre las dos jóvenes nunca existieron problemas e incluso, parece que hasta se hicieron muy amigas y confi- dentes. Ustedes saben, cosas de muchachas. ¿Quién sabe qué bobadas se contaban entre sí esas dos?

Tomás Andrés comenzó a desenterrar sus recuerdos más remotos cazados desde hacía largos años en la plaza del centro y como en una nube del pasado pudo divisar en su mente el rostro de Altagracia y su amiga la vendedora de prendas.

Porque desde algunos años atrás, el niño de la patineta, husmeaba los movimientos de su vecina la vieja Josefina. La anciana cansada por el transcurrir de las horas y lo avanzado de su edad, comenzó a bostezar fuertemente y Tomás Andrés, aterrorizado por desconocer el final del relato exaltó a la anciana a continuar el cuento sin desmayo a lo que ella, mirándolo fijamente a lo ojos, prosiguió:

—Resulta que esa tarde, en la víspera de Navidad, de La Cruz, estaba parado aquí mismo, en la esquina, caminando de un lado para el otro, como si estuviera bravo, incluso, yo salí y le dije: “No te preocupes, que no pasó nada, esa ya viene por ahí”, pero me asusté cuando se volteó a verme y le conseguí los ojos hinchados y la cara desdoblada.

«Yo me lo imaginé todo. Pobre Altagracia, le van a dar una gran paliza. Después seguí haciendo mi oficio dentro de la casa y se me olvidó el hombrecito. Esa noche ocurrió la mayor desgracia que jamás imaginamos por esta cuadra.

De pronto, entró la mamá de Adalid y se interrumpió de nuevo el relato. Qué mujer más inoportuna, como siempre, llega en el momento preciso para echarlo todo a perder. Eso lo ha hecho siempre, particularmente, cuando

el juego comienza a ponerse interesante y se quiere llevar a la niña. “¡Dios!, esto como que no cambiará nunca”, pensó el patinetero.

—Hola Tomás Andrés —dijo la mujer y mirando a Josefina le comentó:

—Este muchacho se ha vuelto un experto manejando la patineta, pero fíjate, a la niña Adalid le sirvió de cama. Pobrecita mi niña —y diciendo estas palabras se agachó y comenzó a cargarla lentamente.

—Todavía es muy pequeñita —contaba la mujer— pero, es muy feliz cuando juega con los niñitos porque no le gusta estar sola —decía la extranjera. Tomás Andrés temía lo que se venía, soportar los arranques maternales de la uruguaya representaba un verdadero infierno, siempre hablando de la misma cosa: de cuando dio a luz, de lo mucho que añoró, esperó y cuidó a la niña durante un embarazo tan riesgoso. Tantas tonterías para nada, puras mentiras y la gente le seguía la corriente, porque todo Turmero estaba enterado de la verdad: que la niña era adoptada.

Mientras tanto, Josefina, se reía entre dientes, divertida con las falsedades de la forastera, cuando el joven se percató de los bostezos devoradores de su vieja amiga.

—Ahora sí es verdad, señora Josefina, que le está dando sueño y no terminará de contarnos lo del psicópata. No se puede acostar todavía a dormir dejándolo todo así, —replicó, con angustiosa aceleración en el corazón, el patinetero.

—No mijo, no se preocupe, dónde íbamos —advirtió ceremonialmente la vieja Josefina, al tiempo que el patinetero curioso le recordó a la mujer el transitar nervioso del Aly por la esquina de la trasversal, lo que regresó a la mujer, a lo profundo de su cocina.

«¡Ah! Sí, ya me acuerdo —exclamó Josefina adelantando el relato:

«Parece ser, de acuerdo a tantos cuentos y lo que salió en los periódicos, que más o menos, como a las seis y media de la tarde, cuando todo el mundo se estaba arreglando para la fiesta de Navidad y preparando los regalitos del Niño Jesús, la muchacha que vendía el oro, la tal Yajaira, se acercó hasta la casa de Altagracia, con tan mala suerte para ella, que le salió el loco.

«Esa era una niña bellísima, jovencitica, como de unos dieciséis años de edad, que tenía unos ojos celestes preciosos y todo el mundo tenía que hacer con los ojos de la

muchacha. Y para colmo de males, la Yajaira estaba acompañada, esa tarde, por una amiguita, una niña que cuidaba su mamá como ayuda para ganarse la vida.

Para ese momento, la inspiración insaciable del patinetero exacerbó su imaginación, insuflada por las leyendas de la plaza, los mitos que relataba su madre sobre las tumbas y las guerras italianas y las sombras que en las noches turbias y calurosas se colaban por la ventana de su cuarto al respiro ronco del ventilador.

Cuando Yajaira llegó a la puerta de la casa de Altagracia con su cabellera rubia, ondeante en el crepúsculo vespertino, ahogada en el calor de la tarde, con sus ojos tristes, cargados de cielo, husmeaba la casa por todas partes. Salió a recibirla Aly. Con la camisa desgarbada, supervisando la calle de arriba abajo como centinela asustado. La rubia preguntó por Altagracia, por lo que el hombre, en un último gesto de cortesía, le indicó su ausencia y la exhortó a que se fuera con velocidad roncándole un: “¿quieres dejarle algo dicho?”

La joven Yajaira, con la tarde recorriéndole el rostro, frunció el ceño y expuso frente a la humanidad de Aly las deudas que por la compra del oro mantenía con ella, desde hacía meses, su esposa Altagracia. A lo que el hombre,

con un ademán de desprecio, blandió la mano restándole importancia y dándose la vuelta, intentó regresar al interior de la casa, pero sus intenciones se frustraron ante la reacción furibunda de la muchacha.

La mujer de ojos aturquesados, gritando a pulmón batiente, relató el monto de la deuda, la forma de las prendas que vendió, la irresponsable actitud de Altagracia y terminó diciendo que ella sabía bien que la compradora, a esa hora, no se encontraba en su casa, pues, todo el pueblo sabía que la “señora de La Cruz” paseaba, felizmente, a esas horas de Dios, por algún paraje solitario con su vecino el mecánico y que si ella estaba allí, tratando de cobrar, era porque la misma Altagracia lo sugirió de esa manera y que por lo tanto, él debía pagarle como responsable de las adquisiciones de la flamante Altagracia.

Después de las palabras frenéticas de la joven mujer no quedaba más por hacer. Aly de La Cruz, el guerrillero, el comunista, el psicópata, se colocó las dos manos sobre la calva del cráneo, mientras las frases sinceras y drásticas de la joven Yajaira taladraban, eléctricamente, sus oídos, en medio de un juego de miradas que le engrandecían los ojos enrojecidos, movilizándolos al punto de estallar.

El patinetero imaginó con terror las palabras del hombre de nariz de bruja y la furia que floreció en su rostro:

—¿Qué estás diciendo, estúpida? Repite, repite, todo eso en voz alta donde yo te escuche bien.

La mujer, sin titubeos, repitió con feroces bramidos los descalabros amorosos de Altagracia con el mecánico de la esquina, o al menos esa fue la parte que Aly de La Cruz escuchó con la precisión del bisturí de un cirujano.

El rostro del hombre, estrangulado por los celos, denotaba una furia superior, más allá, de lo que cualquier mortal podía soportar. Consumido en el hedor de los celos y con la desesperación de ser ¡el hazme reír de la cobradora y de todo el pueblo!, pues, estaba claro que Altagracia tenía un amante, se dio, rápidamente, la vuelta para entrar a la casa, con la esperanza de poder lanzarle la puerta en la cara a la intrusa, cuando de pronto, se detuvo y le propuso a la joven y a su pequeña acompañante que pasaran al porche y esperaran sentadas en las sillitas del jardín, mientras él, entraba a la casa a buscar el dinero para cancelar la deuda del oro.

En ese momento, Tomás Andrés, recordó la escena vista en la plaza cuando regresaba de la playa con su

familia. Las memorias explotaron en su cabeza como agua recién salida del manantial. Él, se bajó del automóvil de su padre, corrió hacia su habitación y de un puntapié levantó la patineta del suelo, abalanzándose con maestría felina hasta el centro de la plaza. Allí se quedó parado, con la cachucha hacia atrás, mirando el cortejo fúnebre que iniciaba el recorrido mortuorio hasta el cementerio y entre los acompañantes divisó a la vieja Josefina, con un pañuelo en la mano, llorando y mirando para todos lados. Ese día regresó, de pronto, entre el zumbido de los tumbaranchos, a la mente de Tomás Andrés y volviendo al porche de la vecina, escuchó una cifra:

—Ciento cincuenta mil bolívares. Para cobrar esos reales fue la visita de Yajaira y la niñita pequeña, ¡la pobre!, a casa de Paco en la noche de Navidad —terminó alegando con angustia melancólica la anciana, mientras batía la toalla sobre sus piernas. El relato siguió su curso de noche y Tomás Andrés recreó en sus fantasías de niño, la trama mortuoria que presentía.

Fue entonces cuando Aly de La Cruz subió corriendo las escaleras de la casa hasta llegar a su cuarto, destilando un sudor maloliente con hedor a traición, levantó el colchón floreado de la cama, alzó el revólver y con harta

precisión, se lo encinturó en la parte de atrás del pantalón, asido a la espalda. Dándose de sopetón la vuelta hacia la puerta se encontró, de pronto, con el rostro asustado de Yajaira que lo había seguido desde el porche hasta la habitación. La cara contrariada y enfurecida, a la vez, de la joven mujer, eclipsaron los pensamientos sofocados del esposo traicionado.

Mientras los segundos interminables recorrían, con lerda parsimonia, el espacio entre las miradas del hombre y la mujer, esta, atribulada y nerviosa dio curso, nuevamente, al interrogatorio.

—¿Me va a pagar o no, señor Aly?; mire que estoy muy apurada y no tengo toda la tarde para estar aquí. Ya se está haciendo de noche. —Los ojos de fuego de Aly se clavaron en la mujer y su rostro encolerizado se asustó, cuando se dio cuenta que su suegro, Francisco, se resguardó tras el cuerpo de la joven.

—Tú sí eres lengua larga muchachita. Escuché todo lo que dijiste allá afuera de mi hija y encima vienes a esta casa amenazando. Mira, aquí, la única sinvergüenza que hay, eres tú. Mi hija es una mujer seria y decente. No una loca como tú dices.

A medida que hablaba, Paco, fue desorbitando la mirada con acento de dolor y rabia, por todo lo que Yajaira había dicho, a grito batiente, de su hija en medio de la calle y mientras los dos hombre se movilizaron hacia la joven como en juego de ajedrez, esta, sigilosamente, se dio la vuelta tratando de descender por las escaleras, regalándoles con la mano fina, un ademán con desprecio.

Los dos hombres se movieron con gran rapidez en formación hacia la mujer que de espaldas trataba de descender las escaleras, titubante, con la cabeza hacia delante mirando al suelo, al tiempo que un golpe seco, conectó irreparablemente el joven cráneo de la mujer. El cuerpo se desvaneció sin sentido y bajó por la escalera, como el agua en picada, hasta el final de la misma. Los dos hombres se miraron a los ojos sin cruzar palabra y ambos, dando un salto gallardo, quedaron parados frente al cuerpo tembloroso de Yajaira.

Aly de La Cruz gritó que la joven estaba muerta, mientras intentó levantar la cabeza flácida, halándola por el largo cabello dorado, ahora teñido con sangre. Y así, ríos incontrolables de sangre espesa empaparon, torrencialmente, el salón de la televisión.

Los dos hombres estaban paralizados como estatuas y se miraban sin saber qué hacer, embargados por el miedo que los perseguiría a partir de ese momento. El padre de Altagracia se apretó las manos y comenzó a dar vueltas alrededor del cuerpo yerto de la joven desfallecida, elevando los brazos hacia el cielo, mientras su yerno se mantenía de cuclillas, cerca de la moribunda.

Quietos y sin saber qué hacer, los dos hombres, contemplaron los movimientos finales de Yajaira, que fue endureciendo sus miembros hasta quedar tendida en el suelo, nadando en medio de un charco de sangre. Luego, se escuchó un sonar acompasado de pasitos serenos y trémulos que intentaban un acercamiento. Aly y Paco se desplazaron hasta la puerta del salón y divisaron la tímida figura de la acompañante, que con su vestidito de volantes, acercaba su cuerpo enjuto rumbo a la cocina de la casa. Al ver a los hombres parados en la puerta la niña se asustó, por el claroscuro de las sombras que dibujaban espectros lúgubres a su alrededor y comenzó a sollozar sordamente. Aly de La Cruz al mirarla, suavizó las facciones, mientras su sadismo se disolvía a través de su cuerpo, invitando a la niña, con ademanes delicados, a entrar en la cocina para saborear un pedazo de pastel.

La nena, penetró asustada por el centro la cocina, remontada sobre sus pasitos cortos, arrullada por el chasquido luctuoso de sus zapatillas de charol que como bailarina de la muerte iban arrastrando el miedo a través de las baldosas grasiertas. La niña llegó hasta el fondo de la cocina, mirando a todas partes con la ilusión de encontrar a Yajaira en cualquier parte, pero sólo las escobas y los trapos de limpieza terminaron por darle la bienvenida al final del mugroso lavadero.

En ese momento sonaron las campanas de la iglesia de la plaza y la mamá de Adalid, que se había sentado en el muro para escuchar el relato de la señora Josefina, interrumpió diciendo:

—Bueno, Josefina me voy, es muy tarde y los niños también deberían hacer lo mismo e irse a dormir. Han estado todo el día jugando en la calle y estas no son horas de andar por ahí. Es mejor que se vayan a dormir —terminó agregando la uruguaya, con acento autoritario y categórico. Se alisó el cabello y prosiguió:

—Este cuento de Josefina no es una buena historia para la Nochebuena, donde hay alegría por el nacimiento del Niño Dios —replicó la mujer con su acento extranjero.

Tomás Andrés se sintió desfallecer, al pensar que esa noche humeante y excitada no podría llegar a conocer lo ocurrido en la casa abandonada de la cuadra y el desenlace final de la historia de las niñitas. Fieramente, un coro de lamentos se alzó en protesta por las gargantas de los niños y la anciana, con la habilidad que proveen los años, le amasó con sigilo, un santo y seña a Tomás Andrés como signo de aceptación y rebeldía que raudamente, el patinetero prontamente interpretó.

—Bueno, está bien —dijo el muchacho estirando los brazos hacia atrás, con ademanes de cansancio, mirando a los ojos a los demás compañeros de juego y continuó en tono parsimonioso:

—Es mejor que nos vayamos a dormir —a la par que explicaba a los demás niños, con las gesticulaciones del rostro, el plan que se acababa de fraguar entre la vieja y él. Los jovencitos comenzaron a levantarse del suelo, entre tanto, Virginia irrumpió en gritos diciendo:

—Cuidado con Adalid, creo que hay hormigas en el patio y pueden picarla.

La uruguaya lanzó un grito obseso y desesperado mientras alzaba con violencia a la niña y se despidió del auditorio aceleradamente, alejándose en carrera del pórtico

de la casa de la vieja. El patinetero respiró profundamente aliviado por la huida de la uruguaya y dio la bienvenida a todas las hormigas colaboradoras.

La antigua Josefina y los niños se miraron y sin decirse una sola palabra comenzaron a reírse desmedidamente, hasta que llorosa por tanta risa la vieja dio inicio de nuevo al relato, no sin antes acotar:

—Qué mujercita más atorrante, menos mal que se fue de una vez para su casa. Bueno, como les seguía diciendo muchachos —y los tres niños se acercaron más hacia la anciana para escucharla mejor.

«Parece que la muchachita pequeña nunca pudo terminar de preguntar por Yajaira, pues se dice, que alguno de los dos hombres, eso nunca se supo a ciencia cierta, la apuñaleó salvajemente.

Tomás Andrés cerró los ojos para soportar la desesperación de la macabra escena del crimen de la niña que estaba a punto de narrar la vecina y un premonitorio escalofrío le indicó el recorrido mortuorio. En la mente del patinetero se forjaron, entre luces y sombras, millones de estampas que relataban los hechos. Desde la cuchillada asestada por la espalda de la niña que originó un extenso río de sangre que sofocó la cocina como lava caliente. Pero

el miedo se encarnizó con el placer del asesino y quince navajazos más, se depositaron sobre el cuerpecito diminuto de la chiquilla, tiñendo de rojo el techo y las hornillas de la cocina, las ventanas y el resto de la decoración.

A partir de esa hora Tomás Andrés se sintió muy mal y con un remolino en el estómago, trató de mecerse sobre la patineta sobre la cual se dejó caer consternado. Con la mente nublada por la tristeza sobre lo acontecido el niño se devolvió, poco a poco, de su ofuscación mental y pudo escuchar la parte final del relato de la anciana:

—No solamente mataron a los dos niñas, sino que además, descuartizaron sus cuerpos, las metieron en bolsas de basura negra y las botaron en el monte. Se supo, por los cuentos que me llegaron, que de acuerdo a la inspección realizada por la policía, se determinó que Yajaira no se murió al caer de la escalera y cuentan además, que cuando los hombres la estaban descuartizando, como a una res, ¡ay, qué desgracia tan grande! —decía la vieja llevándose las manos a la cabeza —la jovencita estaba llorando y pidió que la regresaran a su casa.

«Al mes encontraron los restos de las muchachitas en las benditas bolsas de basura arrojadas en Villa de Cura y una semana después de lo sucedido, la policía

llegó a la cuadra y se llevó preso a todo el mundo en esa casa. Esa misma noche dejaron en libertad a la señora Toña y también a su hija Altagracia. Después, las mujeres se regresaron de inmediato a las Canarias. La policía también dejó en libertad a Paco, porque según las pruebas recabadas, el asesino de las niñas fue el loco ese, el Aly de La Cruz, que esta misma noche volvió por aquí como extrañando lo sucedido. Fue ese hombre feo que tú viste aquí, Toms Andrés, el que hizo todas esas cosas malas, mijo, por eso te repetí, tantas veces, que no te le acerques por nada. Es un asesino de niños. Un loco, un psicópata.

Los muchachitos quedaron aterrorizados y Virginia balbuceó entre dientes:

—Qué señor tan malo, mira que asesinar a unas niñas. Tengo miedo, me quiero ir para mi casa. —Al tiempo que Leopoldo, con rostro apesadumbrado, la miró y asintió con la cabeza.

En medio del desasosiego de los niños, la mujer cansada por lo avanzada de la hora, se incorporó repitiendo:

—Sí, sí, ya es muy tarde; mañana será otro día y tenemos que descansar. Mañana regresen por aquí, para

darles más torta y dulcitos ricos que les guardé por ahí. Y dándose la vuelta repitió:

—Yo también me voy a dormir. Tengo mucho sueño.

Todos los niños salieron en formación y Tomás Andrés se sentía exhausto por los acontecimientos vividos y por lo escabroso del relato que terminaba de escuchar de boca de su vecina. Tomó la mano de Virginita y acompañó a sus vecinos hasta la puerta de sus casas, despidiéndose, parsimoniosamente, de cada uno con la patineta asida bajo el brazo y el cabello revuelto de tanto jugar. Así, inició el regreso hasta su casa.

Mientras caminaba lentamente, la historia del asesinato de las niñitas se repetía, incesantemente, en su memoria. Fue por eso que se detuvo frente a la grande y oscura casa, con una reja marrón, escarpada, paredes blancas desleídas, sin luces intermitentes, ni resplandecientes adornos y sin flores rojas de Navidad. Tomás Andrés, se quedó lerdo, mirando hacia la puerta principal y su aguda imaginación perpetró hasta lo profundo de la casa, como si los sucesos horribles de la Nochebuena nunca hubiesen sucedido.

De esta forma, un destello de imaginación iluminó la mente del patinetero, mientras en su sueño, visualizó en

medio de la sala un inmenso árbol de Navidad, lleno de lucecitas multicolores y fosforecentes, bañado de guirnaldas y serpentinas doradas, engalanado con bellos adornos, llenos de luz. Alrededor del árbol estaban las niñas, hablando y jugando, vestidas de fiesta. Yajaira con el cabello dorado, rizado al viento, cantando, con un traje celeste de coloridos resplandecientes y la beba, le tomaba la mano, con pulseras transparentes y lazos rosados en la cabeza, engalanando sus trenzas. Las niñas, tomadas de la mano, daban vueltas alrededor del árbol, esperando los regalos de Navidad.

El ronquito fuerte de un cohete despertó al patinetero de sus sueños y pronto, comenzó a llorar, por la tristeza que le causó la pérdida inútil de las dos niñas. Así, comenzó el regreso taciturno hasta su casa, en medio de su ofuscación mental y escuchando los últimos cohetes de la noche de Navidad. Iba rodando, parsimoniosamente, sobre la patineta como el que no quiere llegar a ninguna parte.

Tomás Andrés recordó que su vecina Josefina era muy amiga de la madre del mecánico de la cuadra y que sus conversaciones vespertinas eran interminables hasta bien entrada la noche. Además, se acordó, que la madre

del mecánico era vecina de Yajaira, pues, vivía en las casas rurales apostadas en la orilla del pueblo muy cerca del río. El rostro de Tomás Andrés se encendió de indignación, tan sólo al imaginarse que su vecina Josefina con sus chismes y vituperios de siempre participó, de alguna forma, en la trama infernal de malentendidos e invenciones que terminaron quitándoles la vida a las niñitas que él acababa de imaginarse cerca del árbol de Navidad.

De pronto, un vapor angustiado se desató dentro del niño y tomando un impulso superior a sus miedos que le traspasó las entrañas, el muchacho corrió hasta su casa, saltó la verja, de un solo golpe, abrió la puerta principal y se fue directo a su habitación. Allí, soltó con fuerza la patineta nueva y se agachó debajo de la cama para tomar la patineta vieja. Luego, al salir corriendo de la casa, miró de reojo hacia la mesa del comedor, adornada para Nochebuena. Con sus flores rojas de Pascua, iguales a la sangre de la beba. Estaba repleta de dulces, tortas y chocolates. El muchacho se regresó lentamente hasta la mesa, tomó un platito verde de cartón y lo desbordó con todos los dulces. Luego, suspiró con fuerza y con la rapidez de una exhalación, corrió hasta la calle para detenerse en el frente de la casa deshabitada, donde años atrás murieron la niñas.

El patinetero se paró frente a la cerca enclenque por los años y los azotes del inclemente clima, miró por entre las cayenas tupidas hacia las ventanas para ver si alguien estaba merodeando en la casa. Cuando se percató que el jardín estaba completamente desolado, lanzó la patineta vieja en el centro del jardín y con un fuerte impulso, brincó la reja.

Una vez dentro, se mantuvo de cuclillas a través de la noche oscura y humeante, solitario y aterrorizado en medio de la nada. Poco a poco levantó su cuerpo de pequeño atleta y se fue acercando, con espacial sigilo, hasta el porche de la casa, el mismo lugar, donde años atrás la muerte merodeó a las niñitas. Colocó la patineta vieja debajo de la ventana como si fuese una mesa y sobre esta dejó el plato verde repleto de apetitosos dulces.

Sin proponérselo, Tomás Andrés, trató de regalarles a las nenitas una buena noche de Navidad. Explicarles que el Niño Jesús sí existía y que pronto se encontrarían con él en todas las fechas de Navidad, en cualquier plano de la existencia: en la vida o en la muerte. Absorto ante la patineta dulcera y pensando en la noche de Navidad, Tomás Andrés, se sintió feliz por poder acompañar a las dos niñas y por su hazaña de convertirse, aquella noche,

en el Niño Jesús. Mientras el muchacho se imaginaba conversando con las pequeñas, un aire espeso con olor a flores y a dulces se esparció por el patio y un soplo trémulo y arremolinado, jugueteó alrededor de su cuerpo, hasta el momento en que dos cintas de colores claros, como las que el patinetero imaginó, adornando los cabellos de las muertas, salieron rodando, acariciadas por el soplo del viento desde el fondo de la casa, hasta detenerse ante Tomás Andrés. El niño, con la mirada frenética por el miedo, sintió el frío tenso de la muerte que le paralizó lo más profundo de sus huesos. No atinó a medir el tránsito del tiempo parado allí, pero cuando se desperezó, atrapó las cintas de colores entre sus manos acariciándolas con regocijo, tomó la patineta con parsimonia y caminó con gran tranquilidad hasta la puerta de la cerca del jardín, despegó el pasador que por años se guardaba en silencio y salió caminando, sin los apuros de siempre, mientras sus dedos finos y ágiles jugaban con espontaneidad con las cintas coloridas que en la noche de Navidad volaban en la casa de las niñas muertas.

Cuando inició el regreso a su casa, sus fantasías recrudecieron y corrió hasta el final de la cuadra, elevando las cintas, tan altas como su brazo alcanzó a esperezarlas,

torneándolas y bailándole al viento. Así estuvo un buen tiempo, en un ir y venir yermo, hasta que su cuerpo cansado por lo vivido lo obligó a regresar a su casa. Se devolvió, flojamente, entre las cercas y los ladridos de los perros de la cuadra y al pasar por la casa de Josefina, amarró las cintas de colores salidas de la casa de las muertas en la cerca de la anciana, entró con pesadez a su hogar y se acostó a dormir.

A la mañana siguiente un fuerte alboroto en la calle lo despertó. Ruidos de sirenas y una gritería infernal le impidió a Tomás Andrés seguir durmiendo. Se levantó de la cama confundido y recorrió la casa buscando a la familia pero todos se encontraban en el porche. Cuando el patinetero se asomó al zaguán, frotándose los ojos y tratando de conseguir explicaciones, se encontró con el llanto de su madre y la cara de dolencia de los demás familiares. En ese momento una camilla salió de casa de la vieja Josefina cargando un gran saco negro y Renato, desecho por el dolor, lloraba en el hombro de una de las vecinas, mientras acompañó la camilla hasta una camioneta, que con gran velocidad, se perdió en la esquina de la cuadra.

La madre de Tomás Andrés tomó al niño por los hombros diciéndole:

—Se murió Josefina —y comenzó a sollozar, rabiosamente, hasta que un suspiro profundo y desalentado la obligó a entrar en la casa. El muchacho quedó en silencio por un tiempo, entró en su habitación, buscó la patineta nueva, saltó descalzo la verja, todavía mantenía la ropa de dormir y se sentó en la acera frente a la casa de la vieja Josefina, como de costumbre. Desde allí, permaneció largo rato en silencio, observando el tétrico panorama de la vieja casa y la soledad que, señorialmente, rondaba por la cuadra. Al mirar las cintas de colores de las niñas muertas, las mismas que en la madrugada él había amarrado, flotando libres y refulgurantes al viento, se imaginó un par de lenguas, brinconas y sueltas que flotaban como polvo por todo el pueblo, libres y saltarinas, tal como las lenguas de los curas ahorcados en la plaza, según la historia que contaba el cronista o como la lengua de Josefina, suelta entre las sueltas, provocando miles de cosas por todo el pueblo —quizás hasta la muerte de las niñas—, pensó Tomás Andrés.

El patinetero se alzó, brincó sobre su aireado juguete y rodó a lo largo y ancho de la cuadra. Luego, desamarró

las cintas de la verja de Josefina y como banderas libera-
doras las alzó por los vientos. Se imaginó montado en una
lengua, rodando por los aires a través de todo el pueblo. El
patinetero, exhausto de tanto juego y del bambolear de las
cintas a lo largo de la cuadra, se sentó, nuevamente, en la
acera caliente, frente a la casa de las niñas asesinadas. En
ese momento, el niño observó impávido, cómo la puerta
principal de la casa se abrió y salió Yajaira y la beba, cami-
nando alegremente. Atravesaron la reja del pórtico, sin
abrir la puerta y se fueron andando por la acera de su casa hasta
doblar la esquina, rumbo a la plaza. El niño de la patineta,
sin pensarlo ni un momento, siguió a los fantasmas hasta
la plaza. Se fue en pijama y descalzo, con el cabello
revuelto y con las sienes cargadas de salado sudor. Allí, se
quedó parado en la orilla derecha, tras el chaguaramo
mayor y observó con alegría cómo las niñas jugaban tran-
quilas con las ardillas de la plaza, mientras unos curas, con
rostros desleídos y gruesas sogas atadas al cuello, rezaban
el Santo Rosario.

EDICIÓN DIGITAL
Diciembre de 2017
Caracas-Venezuela

La vieja Josefina conoce los pormenores de la vida de toda la gente que vive en Turmero. Tal vez esta es la única manera de refrender una vida desdichada y dolorosa a lo largo de todos sus años. En una Nochebuena, acompañada de José Tomás, un niño patinetero del pueblo, se encuentra con un misterioso hombre de mirada turbia y temible; es entonces cuando Josefina le advierte a José Tomás que no se acerque nunca a ese hombre por ser muy peligroso, contándole, horas después la razón por la cual ella le ha pedido alejarse de él, a través de una historia trágica y escandalosa en la que se involucra a un hombre celoso, una mujer que ha engañado a su marido, dos niñas inocentes, una alta dosis de chismes, malentendidos y asesinatos.

Lenguaradas patineteras de Nochebuena, refiere entonces a una historia contada por una mujer chismosa, quien luego ha de vivir su propia historia, pues tarde o temprano la vida vendrá a reclamar algo que, obviamente, no podrá ser sustituido por vidas ajenas o por cuentos de vecinos.

